

pues no hay fondos suficientes; mas fianzas presentará, y si usted no halla embarazo, en un convenido plazo el total satisfará.

- D.^a RUFINA. (*Con viveza.*)
¿Qué embrollos son estos? Dí.
D. BLAS. (*Con frialdad leyendo los papeles.*)
No me distraigas, mujer.
D. JUAN. (*Cortado.*)
Yo, á la verdad, pretender no osara nada por mí; y aunque desde el mismo punto en que la nueva llegó, mi anciano padre cayó malo, y casi está difunto, porque es de la compañía y es ya su quiebra segura, sé llevar la desventura con firmeza y valentía; pero, cual comisionado, por los otros ruego á usted que este respiro les dé, y quedará hipotecado...
D.^a RUFINA. (*Con viveza metiéndose en medio.*)
¿Cómo...? ¡No faltaba más...!
El dinerito al momento. Para eso el tanto por ciento se pagó. No accedas, Blas. Al punto una ejecucion y venderles la camisa. Pagar es cosa precisa, y doblon sobre doblon.
D. ALBERTO. (*Conteniéndola, y llevándose la aparte.*)
¡Calla, Rufina, por Dios!
D.^a RUFINA. No, que es muy bueno Blasito, y ese truchiman maldito...
D. ALBERTO. Ya se entenderán los dos.
D.^a RUFINA. (*Volviendo á meterse en medio.*)
Don Juan, no hay que pretender...
D. JUAN. (*Con resentimiento.*)
Yo por mí nada pretendo.
D.^a RUFINA. Ya los designios comprendo...
D. BLAS. (*Con enfado.*)
Calla la boca, mujer. Sea usted, señor, servido (*A D. Juan.*) de venir á mi aposento, donde á solas al momento quedará esto concluido. Los conciertos firmaré y buscaremos el modo de que en paz se arregle todo.
D. JUAN. Siempre, señor, lo esperé. (*Vánse los dos por la puerta del fondo.*)

ESCENA XXIII

D. ALBERTO. D.^a RUFINA. ANA.

- D.^a RUFINA. (*Inquieta.*)
Todito se va á embrollar. A ver lo que tratan voy, porque temiéndome estoy...
D. ALBERTO. (*Conteniéndola.*)
Déjalos, Rufina, hablar.
D.^a RUFINA. ¿No conoces?...
D. ALBERTO. Ten prudencia.
D.^a RUFINA. ¡Jesus! por mi gusto entrara y á ese tenderillo echara...
D. ALBERTO. Rufina... ¡Por Dios! ¡Paciencia!
D.^a RUFINA. (*Reparando en Ana.*)
Ana... ¿y con tal flema estás?
¿Los lacayos han venido?
¿Si há un instante que se han ido!
D.^a RUFINA. ¿Por qué á buscarlos no vas?
Yo no sé por qué estuve en echarlos tan ligera, pues esta es la vez primera que puntual obedeciste. ¿Y la niña?
ANA. Adentro está llorando.
D.^a RUFINA. ¡Llanto bien tonto!
Anda á decirle que pronto se consuele y venga acá. (*Vase Ana por la izquierda.*)

ESCENA XXIV

D. ALBERTO. D.^a RUFINA.

- D.^a RUFINA. ¿Por qué estás tú tan callado?
D. ALBERTO. Porque siento la aspereza que con tanta ligereza con Blas habemos usado.
D.^a RUFINA. Déjalo á mi cargo todo, un bobalicon es él, y yo de tornar en miel el acibar tendré modo.
D. ALBERTO. Mucho fio en tu talento, ¿pero qué...?
D.^a RUFINA. Lo que has de hacer es irte, hermano, á poner tu uniforme en el momento.
D. ALBERTO. (*Admirado.*)
¡Rufina!
D.^a RUFINA. Sin duda, sí.
D. ALBERTO. Mujer... ¿tú no consideras...?
D.^a RUFINA. Haz, Alberto, lo que quieras, pero me parece á mí...

ESCENA XXV

LOS MISMOS. ANA. D.^a PAQUITA, por la izquierda

- D.^a PAQUITA. ¿Es cierto, es cierto, mamá, lo que Ana me ha dicho?
D.^a RUFINA. Es muy cierto. Alégrate, pues. Nuestra suerte fija está.
D.^a PAQUITA. ¡Ay! ¡Si yo á aquel desgraciado pudiera...!
D.^a RUFINA. ¡Niña...! ¿Qué dices?
Calla y no me encolerices.
D.^a PAQUITA. ¡Infeliz...!!!
D.^a RUFINA. (*Irritada.*) ¿Pues qué has pensado...?
¿A qué es ese desconsuelo...?
¿Quién mayor tontera vió?
D.^a PAQUITA. (*Llorando.*)
¡Ay! ¡Qué feliz fuera yo si mi tío... ¡Santo cielo!
D.^a RUFINA. No me apures. Puedes ya mostrarte alegre.
D.^a PAQUITA. ¡Ay de mí!
D.^a RUFINA. Si tu tío te ve así, dí, bestia, ¿qué pensará?
D.^a PAQUITA. Déjeme usted, que en mi alcoba...
D.^a RUFINA. ¿Qué es lo que dices, Paquita?
Aquí conmigo. Y me irrita ver esa pena tan bobá. Aquí, y contenta has de estar.
D.^a PAQUITA. Yo, mamá, no sé fingir.
D.^a RUFINA. Si no te veo reir, los bofes te he de sacar.

ESCENA XXVI

LOS MISMOS. PASCUAL, por la izquierda

- PASCUAL. Aquí está otra vez, señores, aquel honrado vejete.
D. ALBERTO. (*Admirado.*)
¡Otra vez don Simeon!
D.^a RUFINA. ¿Y el infame qué pretende? Que suba al punto, y verá cómo le casco las nueces. ¡Picarón...! Dile que venga.
PASCUAL. (*Mirando á la puerta.*)
No es menester, que ya viene.

ESCENA XXVII

LOS MISMOS. D. SIMEON

- D. SIMEON. (*Haciendo muchas reverencias.*)
Después de haber dado gracias al Señor Omnipotente porque ha preservado á usías de una deplorable suerte, vengo á darles muy rendido

los mayores parabienes, y á que mi señor don Blas por su siervo reverente me tenga y me reconozca, y en su gracia me conserve.
D.^a RUFINA. Que habla usted muy de otro modo que hace un rato, me parece.
D. SIMEON. Siempre he respetado á usías y á su clase cual se debe. Si una noticia inexacta pudo repentinamente... jamás eran mis intentos...

ESCENA XXVIII

LOS MISMOS. D. MIGUEL, por la derecha

- D. MIGUEL. (*Despechado.*)
Maldita sea mi suerte, maldita mil veces sea, y maldito cien mil veces el que inventó la baraja.
D.^a RUFINA. (*Muy solícita.*)
¿Qué te sofoca? ¿Qué tienes?
D. MIGUEL. Un dineral he perdido.
D. ALBERTO. Mas... ¿lo has perdido ó lo debes?
D. MIGUEL. Lo debo. Y es á persona á quien faltar no se puede, porque es capaz...
D.^a RUFINA. No te importe, que hay recursos suficientes.
D. MIGUEL. Ese Blas, ese perdido, de todo la culpa tiene.
D.^a RUFINA. (*Muy apurada.*)
Calla, Miguelito, calla. ¿Qué he de callar?
D. MIGUEL. Nos conviene.
D. ALBERTO. (*Sin escuchar á nadie.*)
D. MIGUEL. ¿Se ha marchado ya de casa? Los demonios se lo lleven. Hablando de su aventura, me distraje, y cuatro veces equivoqué una judía... Lo mato si llego á verle.
D.^a RUFINA. Calla, Miguel.
D. ALBERTO. Tú no sabes...
D. MIGUEL. De una oreja al punto...
D. ALBERTO. (*Con viveza.*) Advierte que conserva sus tesoros.
D. MIGUEL. ¿Qué me dices?
D. ALBERTO. Sí; contente.
D.^a RUFINA. Cien mil duros tiene en Cádiz, lo demás está corriente, y arreglando está en su cuarto...
D. MIGUEL. (*Suspenso.*)
¿De veras? Mas, ¿cómo puede ser esto?

- D. ALBERTO. Ya lo sabrás.
 D.^a RUFINA. Sosiégate y está alegre,
 pues todos nuestros afanes
 pronto, Miguel, van á verse
 cumplidos.
 D. MIGUEL. ¿Pero?... ¡Rufina!
 D. SIMEON. Don Blas, como muy prudente,
 aseguró sus tesoros...
 D. ALBERTO. (*Mirando á la puerta del fondo.*)
 Callad, callad, que aquí viene.

ESCENA XXIX

LOS MISMOS. D. BLAS. DON JUAN

- D.^a RUFINA. (*Yendo hácia don Blas con muestras
 de cariño.*)
 ¿Dejas ya todo arreglado,
 Blasito, como conviene?
 Pues un abrazo he de darte,
 que este chasco lo merece.
 (*Va á abrazar á don Blas y él la con-
 tiene, pero ella disimulando conti-
 núa.*)
 La mejor casa de campo
 que en los contornos se encuentre,
 voy á buscar al momento
 para que...
 D. BLAS. No te molestes.
 Te lo agradezco, Rufina.
 Mi plan es ya diferente.
 (*Queda sumergido en profunda medi-
 tación.*)
 D. ALBERTO. (*Turbado.*)
 Si en la ciudad con nosotros,
 hermano, quedarte quieres...
 D. MIGUEL. (*Acercándose á don Blas.*)
 Muy bien nos has embromado.
 D. SIMEON. (*Haciendo cortestas á don Blas.*)
 Yo, señor, vengo á ofrecerte...
 D.^a RUFINA. (*Meneando á don Blas.*)
 Mira... Blasito... Responde.
 ANA. (*Aparte.*)
 ¡Qué poca vergüenza tienen!
 D. BLAS. (*Vuelve en sí, da un suspiro y dice con
 resolución.*)
 Me decido... Es necesario.
 Ruego que todos ustedes
 me escuchen por un momento,
 seré compendioso y breve.
 A mi salida de Lima,
 juzgando que mis parientes
 eran lo que mi cariño
 apetecía que fuesen,
 pensé repartir con ellos
 mis riquezas y mis bienes;
 reservando aquello poco

que juzgara suficiente
 para pasar en retiro
 dulce quietud, vida alegre;
 y para que en todo caso
 mis deseos se cumpliesen,
 extendí mi testamento
 mandándolo así.
 (*Saca un papel del bolsillo.*)

Y es este.

En navegacion tan larga
 era mi consuelo siempre
 pensar las caricias dulces
 de que colmado iba á verme
 al llegar á una familia
 que mil recuerdos me debe;
 pensando que á mí, á mí solo,
 rico, ó pobre, ó como fuese,
 aquel amor conservaba
 que sangre ó costumbre encienden,
 y por el cual, yo lo juro,
 diera cuanto darse puede.
 Al ver que de bajo estado
 habian subido mis gentes
 á los títulos y honores,
 que justo premio ser deben
 de méritos y virtudes,
 soñaba yo neciamente
 que con ellos y con ellas
 los habian logrado; y este
 pensamiento difundía
 en mi pecho mil deleites.
 Cuando al término llegaba
 de mis soñados placeres,
 casi á la vista de Cádiz,
 unos piratas alevos
 abordaron mi fragata
 y me robaron los bienes;
 y aunque, estando asegurados,
 nada perdí, los crueles
 momentos del abordaje,
 los peligros inminentes
 de la terrible sorpresa,
 y el ver cercana la muerte,
 ni yo aquí puedo pintarlos,
 ni es posible encarecerse;
 porque en tan duros momentos,
 aunque el oro se conserve,
 se piensa sólo en la vida,
 se olvidan los intereses.
 Llego á Cádiz, mis asuntos
 arreglo en momentos breves,
 al seno de mi familia
 venir anhelando siempre;
 y á un amigo verdadero,
 que tal nombre le compete,
 descubrí los planes míos,

- y anheloso pregunté
 qué concepto mis hermanos
 disfrutaban. Muchas veces
 se lo pregunté, y negóse
 reservado á responderme.
 Importunéle de nuevo,
 le conjuré me dijese
 la verdad; pero él tan sólo
 me respondió, cual prudente:
 «Consulta con otros, Blas,
 yo no sé qué responderte.»
 Harto me dijo mi amigo
 para en confusion ponerme.
 Indago, inquiero, pregunto,
 busco medios diferentes
 de saber lo que anhelaba,
 ¿y qué me dijeron? Pueden,
 pueden muy bien conocerlo,
 sin que yo lo diga, ustedes.
 D.^a RUFINA. Si tú crédito no dieras
 á embrollones mequetrefes,
 que sólo...
 D. BLAS. (*Indignado.*) Basta, Rufina.
 ¡Ojalá mentiras fuesen
 los informes que me dieron!
 Más feliz fuera mi suerte.
 Pero... mi experiencia propia,
 ¿de qué modo se desmiente?
 Hallando que era buen medio
 la pérdida de mis bienes,
 con que hacer una experiencia,
 para mí costosa siempre,
 vine á buscaros cual pobre.
 ¿Y qué encontré?... Respondedme.
 ¿Qué encontré? Ya basta, ingratos.
 Tanto vales cuanto tienes
 es vuestra máxima infame.
 ¿No os confunde sólo el verme?
 D.^a RUFINA. (*Con mucha humildad.*)
 Blasito, pero hazte cargo...
 D. BLAS. ¿Aun á respirar te atreves?
 Ya son otros mis designios.
 (*Rompe el testamento que tiene en la
 mano.*)
 Esto sólo, esto merece
 vuestra insensatez y orgullo.
 No reparto yo mis bienes
 con ociosos mentecatos,
 que virtud ninguna tienen.
 De esos títulos y honores
 que á tal punto os envanecen,
 y que en vuestras viles almas
 consiguen tanto ascendiente
 que los sublimes afectos
 de naturaleza vencen;
 de esos títulos y honores,
 que en vez de inspirar á ustedes
 honor y nobles virtudes,
 les sirven tan solamente
 de estímulo á nuevas trampas,
 y á otros vicios y sandeces,
 sacad, sacad todo el fruto;
 y mis tesoros se queden
 para ser con mi cariño
 premio de quien los merece.
 Paca, cincuenta mil duros
 para dote prontos tienes,
 (*Saca del bolsillo la cajita del collar
 de perlas que le dió doña Paquita
 en la escena XIII de este acto.*)
 con este collar de perlas
 que mi gratitud te vuelve.
 D.^a PAQUITA. (*Sorprendida.*)
 ¡Tío!
 D. BLAS. Sí, sobrina amada. (*Abrazándola.*)
 Y tu esposo será este.
 (*Toma á don Juan del brazo y lo pone
 junto á doña Paquita.*)
 D. JUAN. ¡Señor!
 D. BLAS. (*A don Juan.*)
 Nada hay que decirme.
 Muy bien vuestro padre puede
 su salud recobrar luégo,
 sin que más en quiebras piense.
 D.^a PAQUITA. ¡Tío!!!
 D. JUAN. (*Queriéndose arrojar á los piés de don
 Blas.*) Permitted...
 D. BLAS. (*Conteniéndoles.*) ¿Qué haceis?
 Vuestro amor tan solamente
 exijo por recompensa;
 mi cariño otra no quiere.
 D.^a RUFINA. (*Dudosa.*)
 ¿Y de veras has hablado?
 D. BLAS. ¿Pues aun dudándolo estás?
 D.^a RUFINA. ¿Con que así nos dejas, Blas?
 ¡Por cierto que te has portado!
 D. BLAS. Me admiro de tu imprudencia.
 ¡Extraña es tu condicion!
 D.^a RUFINA. (*Furiosa.*)
 ¿Con que nos dejas, bribon,
 á la luna de Valencia?
 (*Se retira á sentarse en una silla con
 muestras de gran despecho.*)
 D. ALBERTO. Pero yo, Blas...
 D. BLAS. Anda, Alberto.
 Eres mejor que Rufina,
 mas como ella te domina,
 no hay que pensar en concierto.
 (*Se retira don Alberto confundido.*)
 D. SIMEON. Muy discreto andais, señor,
 y quien es tan sabio y justo,
 no recibirá disgusto

en darme amparo y favor.
(*Saca el recibo.*)

Aquí tengo este recibo...

D. BLAS.

¿A verlo?

D. SIMEON.

(*Dale el recibo.*)

Tomadlo, pues,
y conoceréis que es
en extremo ejecutivo.

D. BLAS.

(*Rompe el recibo.*)

Ya está visto, y esto hago.

D. SIMEON.

(*Desesperado.*)

¿Cómo...? ¡Por vida de tal...!

¡Y que yo, necio, animal,
lo soltara!

D. BLAS.

Al punto el pago
de tres mil reales tendreis,
que es lo que prestasteis hoy,
y agradeced que no doy
el paso que mereceis.

D. SIMEON.

Yo, señor, dí mi dinero
de buena fe, y no es razon...

D. BLAS.

¿Quereis luégo á una prision
ir por infame usurero?

D. SIMEON.

(*Amedrentado.*)

Si mis tres mil veo yo...

D. BLAS.

(*Dándole un papel envuelto.*)

Ahí van en oro, y os ruego
que os ausenteis luégo, luégo.

D. SIMEON.

(*Aparte despues de reconocer el papel.*)

En fin, nada se perdió.

(*Vase con gran prisa.*)

ESCENA XXX

LOS MISMOS, *menos* DON SIMEON.

D.^a PAQUITA.

(*Con mucha ternura.*)

Tío, señor...

D. BLAS.

¿Qué, hija mia?

¿No estás con tu esposo ya?

D.^a PAQUITA.

¡Ay! en vuestra mano está
el completar este día.

¡Mi pobre madre, señor...!

¡Por mi madre!...

D. BLAS.

Si en un año
enmienda su orgullo extraño,
se ablandará mi rigor.

D.^a RUFINA.

(*Levantándose furiosa de la silla.*)

No quiero deberte á tí
nada, ni á esa bachillera.

Si para casarse espera
mi licencia la doy, sí.

Tan tonta es, tan incapaz,
que nunca será señora.

Cátese, pues, en buen hora,
con tal que me deje en paz.

(*Con gran altanería.*)

Alberto, somos señores.

A esta gentuza dejemos,
que nosotros sacaremos
el fruto á nuestros honores.

Tú, Miguel, ¿por qué te abates?

Siempre tu Rufina soy,
y hoy mismo, si quieres, hoy...

D. MIGUEL.

(*Con despego.*)

No digas más disparates.

D.^a RUFINA.

¿Con que?...

D. MIGUEL.

¡Calla!

(*Acercándose á don Blas.*)

Blas, de mí

no tendrás queja fundada,
pues no me he metido en nada.

D. BLAS.

(*Recordando.*)

¡Ah, se me olvidaba!... sí.

(*Saca del bolsillo un pliego cerrado y
se lo da.*)

El capitán general,
por esta orden, al momento
manda que á su regimiento
vaya el señor oficial.

Sabiendo yo tu valor,
en Cádiz se la he pedido,
pues sin su tropa aburrido
está un militar de honor.

D. MIGUEL.

(*Lee el pliego, y muy alterado dice:*)

¡No sé cómo me contengo,
no sé cómo á bofetones,

á palos y á puntillones
de esta ofensa no me vengo!

Maldita la hora menguada
en que saliste de Lima.

¿Que esto nos suceda, prima?

¡Si meto mano á la espada!...

D.^a RUFINA.

(*Conteniéndole.*)

No te pierdas, Miguel, no.

(*Con gran altanería.*)

Blas, Paca, don Juan, tunantes,
marchad de esta casa, antes
que de ella os arroje yo.

D. ALBERTO.

Rufina, déjalos; calla.

D.^a RUFINA.

¿Cómo? Yo en mi casa mando.
Lucifer me está llevando.

Marchad, plebeya canalla.

(*Vase por la izquierda, y detrás de
ella don Alberto y don Miguel, to-
dos con muestras de gran despecho.*)

ESCENA XXXI Y ULTIMA

DON BLAS, DON JUAN, DOÑA PAQUITA, ANA, PASCUAL

D. BLAS.

(*Mirándola con lástima.*)

¡Dios te perdone, Rufina!

Vámonos. Mientras tu boda

se concluye y acomoda,
vente conmigo, sobrina.

D. JUAN.

Señor, en mi casa...

D. BLAS.

No.

No fuera decente...

D. JUAN.

Bien.

ANA.

¡Ay señorita! también
con usted me quiero ir yo.

D.^a PAQUITA.

Con mucho gusto.

PASCUAL.

Y yo, digo,

¿irme con usted no puedo?

Porque en casa no me quedo.

D. BLAS.

Pascual, te vendrás conmigo.

ANA.

(*A Pascual.*)

¿Con que tú también te vienes?

PASCUAL.

Sí, y queda finalizada
la comedia titulada

Tanto vales cuanto tienes.

ANA.

Pero antes pide rendido
sólo un recuerdo y no más...,
y aun pide mucho quizás,
un ingenio perseguido.

Malta, año de 1827.

FIN DE LA-COMEDIA